

AGUSTIN ASCUHUL, EL PROFETA DE MOCTEZUMA.  
MILENARISMO Y ACULTURACION EN SONORA  
(GUAYMAS, 1737)

José Luis MIRAFUENTES GALVÁN\*

En el mes de marzo de 1737, en el sur de Sonora, empezaron a tenerse noticias de graves alteraciones, al interior de las comunidades de los pimas bajos, contrarias al orden sociopolítico colonial. Unos días antes de la Semana Santa, el misionero de Tecoripa, Felipe Segesser, recibió una carta en la que se le urgía suspender las confesiones que entonces realizaba en los pueblos de la jurisdicción a su cargo, advirtiéndosele que los pimas se hallaban en rebeldía y decididos a asesinar a todos los españoles. El misionero, no obstante, resolvió continuar su labor considerando que de ser cierta la noticia con mayor razón debía proceder a la administración de dicho sacramento. Prontamente se trasladó a los pueblos supuestamente rebelados, pero en ninguno de ellos encontró el más mínimo rastro de inquietud. Los pimas estaban más bien tranquilos y en la mejor disposición para confesarse. De regreso a Tecoripa, sin embargo, Segesser halló el pueblo casi completamente vacío. Únicamente quedaban en él el gobernador y su familia y el director del coro. Los indios restantes habían partido la noche anterior en dirección a la costa, hacia el pueblo de San Marcial, uno de los establecimientos misionales más apartados de la cabecera. Como después pudo averiguar el misionero jesuita, los pimas habían acudido a los llamados de un indio que recorría la región anunciando la resurrección y la llegada a Sonora del Dios Moctezuma.<sup>1</sup>

\* Deseo expresar mi agradecimiento a Bernd Hausberger y a Mario Cuevas por haberme puesto sobre la pista de algunos de los documentos más importantes que aquí se manejan. Quiero agradecer también al ingeniero Armando Hopkins Durazo por permitirme consultar su versión en español de la relación de Felipe Segesser antes de que fuese publicada, y al Instituto de Cooperación Iberoamericana, que hizo posible este trabajo al concederme una beca para realizar investigaciones en España entre los meses de septiembre y diciembre de 1990.

<sup>1</sup> Felipe Segesser, *La Relación de Philipp Segesser. Correspondencia de un misionero en Sonora en los años 1731-1761*, traducción al español por Armando Hopkins Durazo de la versión en inglés de Theodore E. Treutlein, Hermosillo, Son., Talleres de Imparcolor, S.A., 1991, p. 60, 66. Carta del virrey duque de la Conquista a Fernando Treviño: Veracruz, 10 de julio de 1740. Biblioteca de la Residencia Loyola (Madrid), en adelante BRL. *Colección Pastells*, vol. 29, f. 453.

Este indio pertenecía al grupo de los guaymas, una de las distintas parcialidades de los seris. Tenía alrededor de cuarenta y cinco años, era bajo de estatura y de complexión delgada. Se llamaba Agustín Asculul pero se presentaba a sus seguidores como el Ariscibi o profeta.<sup>2</sup> Predicaba que Moctezuma era el creador del cielo y de la tierra, del agua y de todas las cosas, y predecía que sanaría a los enfermos y devolvería la juventud a los viejos, además de repartir ropas y comidas olorosas. También vaticinaba la destrucción de la Tierra y el advenimiento de una era de felicidad para los indios. Decía que el mundo se hallaba en un avanzado proceso de descomposición por estar lleno de gente muerta, que se había adelgazado tanto como un papel y que en breve se acabaría, pero aseguraba que tras esa catástrofe Moctezuma crearía un mundo nuevo en el que los muertos resucitarían y los indios serían convertidos en españoles y los españoles en indios para que los indios fuesen los amos y los españoles sus sirvientes.<sup>3</sup> Afirmaba, además, que en esa nueva creación los indios no sólo no volverían a sufrir privaciones sino que tendrían alimentos en abundancia, pues comerían de un recipiente que nunca se vaciaría. Todos sus deseos los habrían de satisfacer igualmente sin mayores esfuerzos; bastaría a cada uno jalar de la cuerda de un pozo para obtener cuantas cosas quisiera, como “las mejores y más hermosas ropas”. Del mismo modo, el agua estaría siempre a su alcance y con propiedades no menos maravillosas: brotaría excepcionalmente clara, “todos la tomarían con gusto y se pondrían tan hermosos como la luna y las estrellas”. Finalmente, decía que los indios no conocerían las enfermedades ni la vejez ni la muerte, y que vivirían en un ambiente impregnado de perfumes de bálsamo y almizcle.<sup>4</sup>

El Ariscibi, sin embargo, advertía que sólo sus seguidores se harían merecedores a esos beneficios y amenazaba con convertir en piedras a los que se negaran a creerle.<sup>5</sup>

Los llamados del Ariscibi se difundieron rápidamente y pronto penetraron en las localidades vecinas, llegando incluso a alcanzar por el norte los lejanos establecimientos misionales de la Pimería Alta. Fue

<sup>2</sup> Informe de Juan Bautista de Anza al arzobispo virrey Juan Antonio Vizarrón: Pimería Alta, 25 de junio de 1737. Archivo General de Indias. Sevilla. En adelante AGI, *Guadalajara*, leg. 88, f. 442v. En adelante Informe de Juan Bautista de Anza. Segesser, a diferencia de Anza, identifica al Ariscibi y a Moctezuma como la misma persona. En un documento anónimo que lleva por título “Resumen de Noticias”, se dice que los pimas abandonaron sus pueblos, engañados por un indio que llamaban el Ariscibi, “lo mismo que si dijeran su Dios”. “Resumen de Noticias”. Archivo General de la Nación. México. En adelante AGN, *Historia*, vol. 17, f. 156. Nos ha parecido más acertada la interpretación de Anza, para quien el Ariscibi era el profeta de Moctezuma.

<sup>3</sup> *Ibid.*, f. 447-448.

<sup>4</sup> Segesser, *op. cit.*, p. 68-69.

<sup>5</sup> Informe de Juan Bautista de Anza. f. 448v.

entonces cuando el capitán del presidio de Fronteras, Juan Bautista de Anza, decidió tomar parte en el asunto. Envió a su alférez al sur, con instrucciones de observar los movimientos de los indios y poner el remedio que juzgase conveniente. A los pocos días de llegado a la región, el oficial comunicó al capitán de Fronteras que los indios se habían sosegado y que se hallaban ya de regreso en sus pueblos, donde incluso daban muestras de arrepentimiento y juraban ante las autoridades locales que “quedaban desengañados de las quimeras que les habían influido”.<sup>6</sup> Y en prueba de esta nueva actitud, el domingo siguiente, o sea el Domingo de Ramos, de todos los pueblos de la Pimería Baja acudieron los indios a la misión de Tecoripa “para abrazar las palmas benditas”. También asistieron en gran número a los oficios religiosos de la Semana Santa y escucharon con atención las reconvenciones que allí les hizo el misionero sobre su comportamiento anterior.<sup>7</sup> Pero como después informó el capitán Juan Bautista de Anza, todas esas demostraciones no fueron más que puro engaño de los indios.<sup>8</sup>

Efectivamente, la noche del ocho de mayo siguiente, pimas, guaymas y otros indios de las comunidades del sur volvieron a desertar de sus pueblos y lugares de trabajo. Esta nueva deserción resultó incluso mucho más enigmática, amplia y sorpresiva que las anteriores. Como el mismo Anza observó, “fue caso de admiración” que en cien leguas a la redonda los indios partiesen a una misma hora.<sup>9</sup> Segesser, por su parte, informó lo siguiente:

Yo pensé, y otros eran de la misma opinión, que si un emperador hubiera querido ejecutar una operación igual, ni con todo su poder y astucia hubiera podido tener tanto éxito como el villano que causó este éxodo y sembró tanta inquietud.<sup>10</sup>

Iban hombres, mujeres y niños, y llevaban con ellos caballos, mulas, vacas, cabras y ovejas. En su emoción, algunos destruían sus provisiones de alimentos y se ponían en marcha no sólo con los animales de su propiedad sino también con los de las misiones y hasta con los de alguno que otro vecino español. Había indios que además llevaban cargando a los enfermos y viejos, esperanzados en que Moctezuma obraría en ellos los milagros que anunciaba el Ariscibi en sus sermones, o sea que rejuvenecería a los viejos y sanaría a los enfermos.<sup>11</sup>

<sup>6</sup> *Ibid.*, f. 442v.

<sup>7</sup> Segesser, *op. cit.*, p. 62.

<sup>8</sup> Informe de Juan Bautista de Anza, f. 443v.

<sup>9</sup> *Ibid.*, f. 443v-444.

<sup>10</sup> Segesser, *op. cit.*, p. 65-66.

<sup>11</sup> *Ibid.* Informe de Juan Bautista de Anza, f. 444.

Se estimó que entre cuatro y cinco mil indios acudieron a los nuevos llamados del profeta. En esta ocasión, sin embargo, el lugar de la cita se fijó en un sitio distinto, totalmente al margen de las misiones y de los lugares de poblamiento español. Se trataba de un valle al interior de la escarpada serranía conocida como el "Cerro Prieto",<sup>12</sup> al suroeste de la provincia, en el centro de la larga faja de terreno desértico situada entre las estribaciones de la Sierra Madre Occidental y la costa. Allí, junto a su capacidad de convocatoria y sus dotes de orador, el Ariscibi haría despliegue de un impresionante talento para organizar las actividades del culto a Moctezuma.

En el centro del valle, rodeado de pequeñas chozas de vara, había erigido el adoratorio del dios, que consistía en una casa sencilla, revestida de petates. En su interior, sobre una silla, había una figurilla o ídolo de madera que el profeta decía ser Moctezuma. Esta figurilla, con todo lo extraña que podría resultar, tenía una apariencia que la aproximaba a las imágenes de los santos de la iglesia cristiana. Llevaba un vestido negro, tal vez a imitación de las sotanas de los misioneros. Encima del vestido tenía un lienzo blanco a modo de sobrepelliz y en la cabeza una mitra, y todo a su alrededor estaba ricamente decorado con motivos ornamentales llevados clandestinamente de la iglesia del pueblo de Belén.<sup>13</sup> Flanqueaba el adoratorio un poste largo y delgado del que colgaban varios listones de seda bordados con plumas de distintos tipos de aves.<sup>14</sup>

Para integrarse a la reunión, los indios que llegaban al valle debían presentarse ante el profeta, quien los recibía con la señal de la cruz. Los indios se arrodillaban y respondían con la misma señal. El Ariscibi ponía entonces una mano sobre sus cabezas y procedía a quitarles los objetos consagrados, como escapularios, medallas y crucifijos que, como decía el padre Segesser, "llevaban a montones" atados al cuello. También solía pedirles sus ropas, sobre todo cuando éstas se hallaban en buen estado, para que, según les decía, pudiera vestir a los que iban a resucitar.<sup>15</sup>

Tras estas formalidades rituales, el Ariscibi procuraba que los recién llegados concentraran su atención en los actos y ceremonias tributados a Moctezuma. Los colocaba alrededor del adoratorio, pero sin permi-

<sup>12</sup> Segesser, *op. cit.*, p. 66. Este cambio de sitio fue explicado por Segesser así: "Se escogió este lugar por una razón muy sencilla, el hechicero no podía decir sus mentiras en el mismo lugar de la primera junta debido al fuerte exorcismo que yo realicé ahí, como ya dije antes, y también por otra razón, porque creían que el padre misionero no los seguiría tan lejos", Segesser, *op. cit.*, p. 66.

<sup>13</sup> Informe de Juan Bautista de Anza, f. 447-448.

<sup>14</sup> Segesser, *op. cit.*, p. 68.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 68-69.

tirles el acceso a los interiores del mismo. Mandó proclamar incluso la pena de muerte para quienes infringieran esa disposición. Únicamente él y un selecto grupo de fieles que le servían de acompañantes podían penetrar y permanecer en el recinto. Este cortejo lo componían seis jóvenes indias de catorce a dieciséis años, solteras y con el mejor rostro de la concurrencia.<sup>16</sup>

Para ver a Moctezuma, los indios tenían que esperar a la celebración de la misa, que regularmente daba comienzo al término del día y solía prolongarse hasta las once o doce de la noche. Entonces, el Ariscibi abría solamente la puerta del adoratorio, procurando que en su interior Moctezuma fuese visto a la luz de la luna. En esos momentos, que debían ser de intensa emoción, repetía a los indios que Moctezuma era su salvador y volvía a mencionarles los muchos beneficios que de él recibirían. También los arengaba a mantenerse fieles por encima de cualquier amenaza. Les decía que no tuviesen temor de los soldados; que a éstos, al igual que los que no creyeran en él, los convertiría en piedras si se presentaban en el lugar. Luego, al toque de una campana, hacía que los indios se arrodillasen y rezaran algunas oraciones de la iglesia cristiana. Estas reglas del culto las mezclaba con algunas prácticas rituales indígenas. Por ejemplo, colocaba un cigarro encendido en la boca de Moctezuma y, tras dar la impresión de que el ídolo realmente fumaba, hacía circular el mismo cigarro entre los indios para que por turnos le diesen “chupetadas”. Entre tanto, las mujeres demostraban su veneración al dios ofreciéndole sus rosarios, medallas y cuanto llevaban de valor.

La misa llegaba a su término cuando el profeta, haciendo alarde de sus poderes mágicos, desaparecía misteriosamente.<sup>17</sup> Segesser, sorprendido de la habilidad y desenvoltura con la que el Ariscibi combinaba las prácticas del culto cristiano con los ritos tradicionales de los indios decía:

Uno pensaría que dios había tenido tratos con el demonio de ver la forma en que este canalla seguía para confundir el bien y el mal y para pervertir a los pimas.<sup>18</sup>

Durante el día el profeta recurría a otro tipo de actividades. Según el padre Segesser, subía y bajaba como una víbora del poste que flanqueaba el adoratorio, y cuando se hallaba en la parte alta del mismo “arrojaba por la boca flechas encendidas, diciendo a los que miraban

<sup>16</sup> Informe de Juan Bautista de Anza, 448

<sup>17</sup> *Ibid.*, f. 449-450.

<sup>18</sup> Segesser, *op. cit.*, p. 77.

que no tuvieran miedo, que si los soldados venían serían tragados por la tierra a la mitad del camino y que si quedaban sobrevivientes él los mataría con flechas encendidas”.<sup>19</sup> Junto a estas actividades, que al parecer alternaba con la enseñanza de la doctrina cristiana y otros oficios litúrgicos, el Ariscibi pasaba periódicamente al interior del adoratorio, anunciando en cada una de sus salidas los mensajes que decía le comunicaba Moctezuma. Estos actos los hacía acompañar con un ininterrumpido tronar de cohetes, con danzas y con música de arpas, guitarras y violines.<sup>20</sup> Para Segesser, el profeta “hacía teatro para hacer creer a los pimas todo lo que les decía”.<sup>21</sup> Es muy probable, sin embargo, que mediante aquellas demostraciones también procurara aportar nuevas pruebas de la identidad que se atribuía, sobre todo porque, al decir del mismo Segesser, un grupo de pimas había llegado a impugnar sus sermones y proclamas hasta el punto de querer entregarlo a los misioneros. Aunque en esa ocasión el resto de los indios sometió a los disidentes,<sup>22</sup> es posible suponer que el Ariscibi tratara de afirmarse en su posición. Y por lo que sabemos, terminó ganándose la aceptación unánime y aparentemente incondicional de sus seguidores, haciendo incluso que adecuaran su comportamiento a los fines que preconizaba. Y en efecto, como destacaban Segesser y Anza, los pimas no sólo se mostraban opuestos a abandonar el valle y volver a sus casas y pueblos sino que sacrificaban sin mayor miramiento sus reses, cabras y ovejas, como si con ello trataran de apresurar el fin de su situación presente y la llegada de la era de la felicidad anunciada por el profeta.<sup>23</sup> Acordes posiblemente también con esos anhelos eran la unidad y la concordia que reinaban en sus relaciones mutuas. Por ejemplo, los animales que sacrificaban, lejos de reservarlos para el consumo particular de unos cuantos los destinaban al sostenimiento de toda la concurrencia, independientemente de las diferencias étnicas y locales existentes en ella. Del mismo modo compartían su comida con el dios, sabiendo por el Ariscibi que Moctezuma se nutría de alimentos como ellos.<sup>24</sup> Hasta llegaron a movilizar alrededor de tres mil guerreros para defenderse y defender al profeta de un eventual ataque de los soldados.<sup>25</sup>

El Ariscibi sólo dio por terminada la reunión cuando tuvo noticias de que las tropas de Fronteras se aproximaban a la zona. Dio orden a sus seguidores de ponerse a la fuga, pero antes los citó a una nueva reunión

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 70.

<sup>20</sup> Informe de Juan Bautista de Anza, f. 449.

<sup>21</sup> Segesser, *op. cit.*, p. 70.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 72.

<sup>23</sup> Informe de Juan Bautista de Anza, f. 448-450.

<sup>24</sup> *Ibid.*, f. 448-450.

<sup>25</sup> Segesser, *op. cit.*, p. 72.

para el día de San Juan, diciéndoles que ese día “el mundo se voltearía y únicamente el lugar de ellos sería seguro”.<sup>26</sup>

Esta nueva reunión no habría ya de llevarse a cabo. Luego de la desbandada que se produjo en el valle, el Ariscibi fue capturado por los soldados en un paraje cercano al pueblo de Guaymas. Sometido allí mismo a un juicio sumario por el capitán Juan Bautista de Anza, aceptó todas las acusaciones que se le hicieron, pero dijo en su descargo haber actuado como lo hizo por órdenes del demonio. No pudo, sin embargo, desarrollar coherentemente esta argumentación y terminó comprometiéndose más. A la réplica que se le hizo de por qué llamaba demonio al que antes reconocía como “dios creador de todas las cosas”, respondió que a Moctezuma lo tenía por dios, “pero como no había visto verificarse cosa de lo que le prometió, conoce fue el demonio”. Y al pedírsele que dijera el lugar donde tenía escondido el ídolo, se negó a confesarlo, sosteniendo que Moctezuma se le había desaparecido. Pero los “bastonazos” que recibió por respuesta lo obligaron finalmente a decir la verdad. Según el capitán de Fronteras, encontraron el ídolo en el sitio que les señaló el profeta. “Teníalo —nos dice el mismo Anza— en un cestito en cama de algodones, y en otro [cesto más] grande los rosarios, muchas varas de colonia y otras alhajillas que [los indios] le endonaron”.<sup>27</sup>

Anza, compartiendo tal vez la alarma de los vecinos de la zona, que temían que el movimiento pudiera involucrar a otras tribus y llegara a desembocar en una sublevación general, no se detuvo ya a hacer nuevas averiguaciones y condenó al Ariscibi a la pena de muerte. Entre otros muchos cargos le hizo la acusación de querer introducir “una maldita secta con mezcolanza de algunas cosas de nuestra santa religión”.<sup>28</sup>

La ejecución se realizó el primero de junio siguiente en el pueblo de Guaymas. El Ariscibi fue colgado de una de las palmeras más altas, tal vez con el propósito de que fuese visto por toda la multitud que se congregó en el lugar, pero posiblemente también como una forma de desafío a sus poderes, para disminuir así el prestigio que tenía entre los indios.<sup>29</sup> Como decía el padre Segesser

A nosotros nos interesaba mucho demostrar a los pimas que el Ariscibi no era ningún dios sino un ser humano y que no obstante sus pretensiones de inmortalidad se trataba, con toda certeza, de un mortal.<sup>30</sup>

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 74.

<sup>27</sup> Informe de Juan Bautista de Anza, f. 450-450v.

<sup>28</sup> *Ibid.*, f. 451.

<sup>29</sup> *Ibid.*, f. 451.

<sup>30</sup> Segesser, *op. cit.*, p. 73.

Con todo, los indios, no mudaron de actitud y mantuvieron su fe en su dirigente hasta el final de la ejecución. Según el propio Anza

Fue lo admirable que hasta que [el profeta] expiró se reconocieron estaban reacios los indios pudiese volvernlos piedras o acabar el mundo por medio de su fingido Dios.<sup>31</sup>

De regreso al presidio, Anza tuvo todavía oportunidad de presenciar un espectáculo no menos estremecedor. Varios indios de los que regresaban a sus pueblos yacían muertos en el campo y otros más iban muriendo contagiados de viruelas y otras enfermedades. Unos indios le confesaron “que mucha parte de tanta calamidad les resultaba de su locura de haber creído a indio tan malvado”.<sup>32</sup>

El Ariscibi, sin embargo, no parece haber anunciado a los pimas nada que estos no desearan oír de antemano. El propio capitán Anza pudo atestiguar que en el sur de Sonora los indios se hallaban a la espéra de la llegada de Moctezuma desde antes de que el profeta hiciera su aparición en la zona.<sup>33</sup> Segesser, más preciso que Anza, comentó lo siguiente:

Moctezuma era el monarca que en esta parte de América era considerado un dios y quien fue muerto en México por los españoles... El origen de su tribu era la Pimería Alta y los pimas creían que regresaría y tomaría el mando de nuevo.<sup>34</sup>

A continuación trataré de mostrar las razones por las que los pimas creían que Moctezuma llegaría a liberarlos de la opresión de los españoles. También trataré de dar una explicación de los posibles motivos por los que esa creencia adquirió tanta fuerza entre los mismos pimas, al grado de llevarlos a reconocer en Agustín Ascuhul al enviado del salvador que esperaban.

La imagen que los pimas llegaron a formarse de Moctezuma como un antepasado suyo, dotado de poderes sobrenaturales, que habría de volver a Sonora para liberarlos del dominio español, parece haber tenido su origen en las actividades del misionero jesuita Eusebio Francisco Kino en el norte de Sonora, en la región conocida como la Pimería Alta. La primera referencia que tenemos al respecto se remonta al año de 1694, cuando el célebre misionero emprendió una expedición al norte de la Pimería para comprobar los informes que tenía sobre la existencia de

<sup>31</sup> Informe de Juan Bautista de Anza, f. 451v.

<sup>32</sup> *Ibid.*, f. 451v.

<sup>33</sup> *Ibid.*, f. 452.

<sup>34</sup> Segesser, *op. cit.*, p. 67.



una "Casa Grande" en las proximidades del río Gila. Hasta entonces Kino no había dado mayor crédito a esos informes, y al parecer únicamente la confirmación que recibió de los mismos por parte de unos pimas de la muy apartada misión norteña de San Javier del Bac lo movieron a realizar dicha expedición.<sup>35</sup> Conducido al lugar por sus propios informantes pimas, descubrió con asombro que la "Casa Grande" no sólo existía sino que era la edificación más importante de una antigua ciudad indígena en ruinas. Más tarde, y tras examinar el hallazgo a la luz de las noticias que por entonces circulaban sobre la presencia de semejante construcción en la zona, escribió lo siguiente:

La Casa Grande es un edificio de cuatro altos, tan grande como un castillo y como la mayor iglesia de estas tierras de Sonora; dicese la dejaron y despoblaron los mayores de Montezuma, y perseguidos de los cercanos apaches salieron al oriente o Casas Grandes, y de allí tiraron hacia el sur y soeste [sic], y fueron a fundar la gran ciudad y corte de México. Junto a esta Casa Grande hay otras 13 menores, algo más caídas y las ruinas de otras muchas, que se reconocía que antiguamente había vido aquí una ciudad.<sup>36</sup>

En los años siguientes Kino hizo nuevos descubrimientos de construcciones similares a la de la "Casa Grande", y ya por el año de 1704 se mostraba convencido de que tanto una como las otras eran vestigios de las ciudades fundadas por los antiguos mexicas y nos dice:

De diez años acá hemos visto unas casas grandes en diferentes puestos cercanos al río Grande, que sus edificios, ya caídos, indican las ha habido antiguamente, y es muy probable que de ellas salió la gente de Montezuma cuando fue a fundar la gran ciudad de México.<sup>37</sup>

Entre las fuentes que pudieron llevar a Kino a esta conclusión podemos destacar dos. La primera es el informe que sobre la provincia de Nuevo México rindió Jerónimo de Zárate y Salmerón a fray Francisco de Apodaca entre 1628 y 1629. Allí, el religioso franciscano, al referirse a la salida emprendida en 1604 por el gobernador de Nuevo México, Juan de Oñate, a descubrir el Mar del Sur, dice lo siguiente:

En la jornada de D. Juan de Oñate a las Californias apunté como se halló un indio que oyendo hablar a otro en lengua mexicana, dijo así hablaban los indios de la laguna de Copalla...

<sup>35</sup> Juan Mateo Mange, *Luz de tierra incógnita en la América Septentrional y diario de las exploraciones en Sonora*, versión, notas e índice alfabético por Francisco Fernández del Castillo, México, Archivo General de la Nación, 1926, p. 235.

<sup>36</sup> Eusebio Francisco Kino, *Las misiones de Sonora y Arizona*, versión paleográfica e índices por Francisco Fernández del Castillo, con notas bibliográficas del padre Kino y sus exploraciones y fundaciones por el Dr. Emilio Bose, México, Archivo General de la Nación, 1926, p. 29.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 172.

En aquella jornada se hallaron muchos edificios y ruinas antiguas, acequias que es como las había antiguamente en México, Azcapuzalco, y las granzas de los metales que beneficiaban. Esto se veía adelante de la provincia de Moqui, y preguntado a los indios que ruinas eran aquellas, respondieron que era tradición de los viejos, a quien oían contar que muchos siglos habían que pasaron por allí gran número de gente, la cual había salido de la laguna de Copalla, aunque ellos la nombraban con otro nombre, porque es otra la lengua que hablan, a poblar nuevos mundos, caminando hacia el sur, y que fueron tan lejos que nunca se supo de ellos si eran vivos o muertos. Todas estas señas y rastros de ruinas que es acequias, granzas, se hallan por los valles de Señora [Sonora], Sinaloa, Culiacán, que según muestran es el camino derecho que ellos trajeron cuando vinieron a poblar esta tierra.<sup>38</sup>

En cuanto a la segunda de las fuentes, se trata de las tradiciones que los pimas también conservaban sobre la aparición y el abandono de las ciudades de las casas grandes. Kino, del mismo modo que Zárate y Salmerón, parece haberse visto fuertemente influido por esas tradiciones. Así nos lo hace saber uno de los españoles que más frecuentemente lo acompañaron en las distintas expediciones que emprendió al río Gila, Juan Mateo Mange. Según Mange, en una de esas expediciones, los pimas que llevaban como guías les informaron que en la banda norte de dicho río había otros edificios del tipo del de la "Casa Grande", explicándoles que su construcción se debía a

una gente que vino de la región del norte, llamado el principal el Siba, que según su definición en su idioma es el hombre amargo o cruel y que por las sangrientas guerras que les daban los apaches y 20 naciones con ellos confederadas, muriendo muchos de una y otra parte, despoblaron, y parte de ellos, por disgustos, se dividieron y volvieron para el norte, de donde años antes habían salido, y los más hacia el oriente y el sur, de cuyas noticias juzgamos y es verosímil son los ascendientes de la nación mexicana, según sus noticias, fábricas y vestigios, cuales son éstos que citan a 34 grados y los que hay a los contornos del presidio de Janos en 29 grados, que también llaman Casas Grandes y de otros de que dan noticia.<sup>39</sup>

Estas conclusiones de Kino serían retomadas años más tarde por su sucesor, el padre Luis Javier Velarde, aunque ya con muy notables derivaciones que, por cierto, no sabemos si fueron obra de Kino, de otro misionero o del propio Velarde. Este religioso, en su primera relación de la Pimería Alta, escrita en 1716, nos dice lo siguiente:

<sup>38</sup> "Relaciones de todas las cosas que en el Nuevo México se han visto y sabido, así por mar como por tierra, desde el año de 1538 hasta el de 1626, por el padre Jerónimo de Zárate y Salmerón", *Documentos para servir a la Historia de Nuevo México, 1538-1778*. Madrid, Ediciones de José Porrúa Turanzas, 1962 (Colección Chimalistac, Núm. 13), p. 191.

<sup>39</sup> Mange, *op. cit.*, p. 253.

En el ángulo que forma dicho río cuando se junta con el Gila, están las casas grandes de tres altos, ruinas de los edificios que iban haciendo a trechos los que poblaron a México con su primer Moctezuma, así llaman algunos otros Guizilopoctli [sic] y los pimas Sibuni.<sup>40</sup>

Como podemos observar, Sibuni, que seguramente es el Siba del texto de Mange, es visto como el equivalente pima de Huitzilopochtli, mientras que éste y Moctezuma primero son identificados como la misma persona. No podemos aventurarnos a explicar aquí las razones por las que Velarde no hace distinción alguna entre estos dos personajes. Un intento en ese sentido necesariamente nos alejaría de los propósitos de nuestro trabajo. Lo que nos interesa destacar es que para el sucesor de Kino, “el hombre amargo y cruel” que en las tradiciones pimas iba a la cabeza de los fundadores de las ciudades de las casas grandes es el mismo que, bajo el nombre de Moctezuma primero, dirigía a los antiguos mexicanos en su peregrinación hacia el sur.

Es muy probable que esta identificación del Siba con Moctezuma primero se haya difundido ampliamente en la Pimería y ejercido una fuerte influencia entre los pimas mucho antes de que Velarde escribiera su relación ya que en aquel mismo año de 1716, los indios de la Pimería, al igual que algunos misioneros, no sólo no hacían ninguna distinción entre el Siba y Moctezuma, sino que se referían al primero con el nombre del segundo. Así podemos observarlo en un fragmento de la relación del propio Velarde. Dice así:

Una cosa se puede asegurar por cierto y es que, cuando los mexicanos salieron, ya habitaban pimas estos parajes, pues con las mismas tradiciones, menos confusas como más modernas, cuentan varias cosas del primer Moctezuma o caudillo que los sacó. Y de sus compañeros, especialmente los que viven en las cercanías de Casas Grandes, tienen más individuales noticias y aun supersticiones, originadas del miedo que le tienen a dicho Moctezuma, que dicen fue hechicero.<sup>41</sup>

Al parecer, esta tendencia a identificar al Siba con Moctezuma no quedó restringida al territorio de la Pimería, sino que se dio a nivel regional, con sus respectivas variantes locales. En 1730, por ejemplo, el misionero Cristóbal de Cañas, en un informe que rindió sobre Sonora, escribió de los ópatas lo siguiente:

Origen de los ópatas. También hay tradición entre los viejos que por este paraje pasó Moctezuma con la innumerable multitud de sus peregrinos

<sup>40</sup> Luis Javier Velarde “La primera relación de la Pimería Alta”, en Luis González Rodríguez, *Etnología y Misión en la Pimería Alta*, México, UNAM, 1977, p. 36-37.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 53-54.

compañeros que salieron del norte (de que hay vestigios muy ciertos) y que, cansadas muchas familias de tan dilatado viaje, se quedaron en este ojo de agua y comenzaron a poblar sus llanos y cañadas y vegas del río. Y de estas familias se formó la numerosísima nación ópata, conservando hasta hoy en su idioma muchas voces de la lengua mexicana, y también sus supersticiones. De aquí tuvo entre ellos origen un error (oculto a los primeros misioneros y descubierto en estos años por algunos padres peritísimos en la lengua ópata). Este era: que estaban persuadidos a que su primer principio no solamente en cuanto a su población en estas tierras sino en cuanto al ser y existencia, era Moctezuma. Y así le llamaban en su lengua Tamo mota, que quiere decir 'nuestro primer principio', de que ya, por la misericordia de Dios, están desengañados y saben que Dios es primera causa y principio del género humano... Otras innumerables patrañas les enseñaban sus viejos.<sup>42</sup>

Los ópatas, así, llegarían a considerarse a sí mismos como los descendientes de los antiguos mexicas al identificar a estos indios con los que, en sus tradiciones, poblaron su territorio cuando bajaban del norte en peregrinación hacia el sur. Del mismo modo, terminarían asociando a Moctezuma con el personaje que en sus mitos primordiales tenían como el creador de sus pueblos y de su cultura y como el origen de su nación. Los pimas bajos debieron proceder de manera similar a los ópatas, aunque los elementos escatológicos de su relatos, como a continuación veremos, derivaron de una vertiente de ideas diferente.

En 1717, un año después de que Velarde escribiera su primera relación, no muy lejos de Sonora, en el real de Cusihuiráchic, el Tribunal del Santo Oficio ordenaba la detención de Basilio Perpente Juanes, originario de Orihuela, Valencia, acusado de diversos delitos. Sometido a proceso, Basilio resultó culpable de paganismo, judaísmo y apostasía, y fue declarado sectario y dogmatizante, blasfemo heretical, irrisor y menospreciador de los divinos preceptos del decálogo, etcétera. Basilio Perpente se había dedicado a últimas fechas a difundir sus ideas y creencias o, como decían los inquisidores, sus enredos, errores y herejías. Esta actividad la realizaba en el real y sus alrededores, y muy particularmente en las zonas habitadas por la población aborigen. Ello lo hacía ayudado y tal vez influido por su mujer, de origen chichimeca. Entre otras muchas cosas Basilio sostenía que San Juan Bautista había recorrido la región en traje de peregrino, y que deteniéndose en una ocasión a pasar la noche en su casa, le profetizó que "se perdería esta tierra, que matarían los indios a todos los españoles, habiendo para ello muchas guerras". También afirmaba que por la gracia del peregrino él se encargaría de sembrar una nueva ley en el reino, y que esta ley sería

<sup>42</sup> "Relación sonorensis de Cristóbal de Cañas", en Luis González Rodríguez, *op. cit.*, p. 289.

anunciada por un personaje “que para con los indios sería llamado Moctezuma y para con él San Juan Bautista”. Que tras estos anuncios Moctezuma devolvería sus tierras a los indios y expulsaría del reino al monarca español, el cual, según añadía, era “un usurpador, lascivo y sacador de dinero”. Algo similar opinaba de algunos de los grupos dominantes de la sociedad colonial, como los miembros de las diferentes órdenes religiosas, a los que calificaba de “bagamundos, flojos, lujuriosos, codiciosos, amigos de lo ajeno”. Finalmente, decía que sólo estaba a la espera de lo que le profetizó San Juan Bautista para que no le quede hombre español con vida, sino sólo los indios naturales; que Moctezuma se hallaba “ya en el Nuevo México y los indios en la inteligencia de que por él sacudirían el yugo, mando e imperio del señor Felipe V”.

Pero Basilio Perpente no se limitaba a transmitir sus ideas. También arengaba a sus oyentes a seguirlo. Les ofrecía “las riquezas vinculadas a la nueva ley”, pero también les advertía que los privaría de esos beneficios si desoían sus llamados.<sup>43</sup>

Las ideas de Basilio se difundirían así entre la población aborigen del real, en la que seguramente se hallaban no pocos indios provenientes de Sonora. Como es bien sabido, numerosos yaquis, pimas, eudeves y ópatas acudían con frecuencia a trabajar a los distritos mineros de la Nueva Vizcaya, como Parral, Chihuahua, Santa Bárbara, El Oro y el propio Cusihuiríachic. Dada la idea de que posiblemente tenían también esos indios de los atributos personales de Moctezuma, y de la importancia alcanzada por éste en Sonora, es bastante probable que no permanecieran indiferentes a las ideas de Basilio sino que las difundieran a su vez en sus comunidades de origen.

En suma, la imagen que los pimas llegaron a formarse de Moctezuma como un antepasado mítico que regresaría para liberarlos del dominio español, pudo muy bien ser el resultado de la articulación de las dos vertientes de ideas que venimos comentando. Esto es, por un lado, la que identificaba a Moctezuma con el guía de los fundadores de las ciudades de las casas grandes y, por el otro, la que asignaba a ese mismo personaje la misión de devolver sus tierras a los indios y expulsar del reino al monarca español.

Ahora bien, si los pimas procedieron a esa labor de articulación fue posiblemente porque, como en seguida trataré de demostrar, no hallaban ningún remedio a los males que padecían, los cuales, por lo mismo, les resultaban cada vez más insoportables.

<sup>43</sup> Sentencia contra Basilio Perpente Juanes, Corodéguachi, 1717, AGN, *Inquisición*, vol. 770, fs. 1-15, 216-275v.

Tal vez el azote que los indios temían más y que no dejaban de asociar con la sociedad colonial fueron las epidemias. Y es que además de desconocer su origen y comportamiento y de carecer, por lo mismo, de los medios adecuados para controlarlas, se daban cuenta de que no afectaban por parejo a toda la población sino solamente a los indios. Según Gerhard, “fue principalmente la enfermedad epidémica la que hizo desaparecer a cerca de la mitad de los pimas bajos, ópatas y tobas antes de 1646”.<sup>44</sup> Las epidemias, sin embargo, siguieron atacando con regularidad, con sus consiguientes tasas de mortalidad entre los indios. En 1684 se informó que en Bacanora, Onapa y Arivechi había “peste casi general... de que se moría cantidad de gente todos los días”.<sup>45</sup> Nueve años después se decía que en Sinaloa y en el sur de Sonora el sarampión se hallaba “con su mayor fuerza, siendo en los naturales la mortandad grandísima”.<sup>46</sup> Entre 1710 y 1720 varios brotes de viruela se sucedieron con extraordinaria frecuencia en casi toda la provincia, y entre 1725 y 1729 les siguieron otros no menos amplios de sarampión, los que además se destacaron por su particular virulencia. En 1729 el misionero de Onavas decía que solamente en su partido habían fallecido “de casi continuas epidemias... poco más de 250 personas”.<sup>47</sup> Pero tras ese dramático paso de las viruelas y el sarampión, en Sonora hicieron su aparición los tabardillos. Estos atacaron entre 1731 y 1732,<sup>48</sup> y fueron sucedidos por un nuevo brote de viruelas en 1737.<sup>49</sup> El temor, la incertidumbre y la angustia no podían sino apoderarse de los indios, que buscaban desesperadamente un remedio contra dichas calamidades. En 1693 los indios de Sinaloa abandonaron en masa los reales de minas, atribuyendo el ataque del sarampión al enojo del dios de los españoles.<sup>50</sup> En 1710 los seris provocaron el asombro y terror de un misionero al celebrar delante de él un rito por el que intentaban sobreponerse de las viruelas. Los pimas altos, por su parte, se daban a la caza de los hechiceros y, como decía un misionero, los mataban “como a unos

<sup>44</sup> Peter Gerhard, *The north frontier of New Spain*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1982, p. 284.

<sup>45</sup> Informe de la misión de Arivechi por el padre Natal Lombardo. Año de 1684. Archivo Histórico de Hacienda. México. En adelante AHH, *Temporalidades*, leg. 279-16.

<sup>46</sup> Carta de Manuel Agramont y Arce al conde de Galve, Sinaloa, 22 de abril de 1693. BRL, *Colección Pastells*, vol. 17, f. 254.

<sup>47</sup> Informe de Andrés Ignacio González, Onavas, 1729, AHH, *Temporalidades*, leg. 17-84.

<sup>48</sup> Testimonio de Cristóbal de Cañas, Juan Bautista Grazhoffer e Ignacio Javier Keller, Pimería Alta, 31 de julio de 1732. BRL, *Colección Pastells*, vol. 27, f. 532.

<sup>49</sup> Juan Antonio Baltazar, *Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús en su provincia de México*, México, Layac, 1944, p. 347. Ya hemos visto que varios de los indios que asistieron a la segunda reunión convocada por el Ariscibi murieron contagiados de viruelas.

<sup>50</sup> Carta de Manuel Agramont y Arce al conde de Galve, Sinaloa, 22 de abril de 1693. BRL, *Colección Pastells*, vol. 17, f. 254.

perros''.<sup>51</sup> Al parecer encontraban en sus maleficios las causas más aparentes de las epidemias. En estos tres casos observamos que los indios no permanecían pasivos frente a los ataques de las enfermedades, a pesar de desconocer las causas que las provocaban. Trataban más bien de controlarlas, en concordancia con el misterio que las rodeaba, atribuyéndoles un origen sobrenatural. De allí posiblemente partía una de las razones que los llevó a depositar su fe en Moctezuma. Hemos visto que le llevaron sus enfermos, esperanzados en que había de curarlos.

Pero al igual que los ataques de las epidemias, a los indios de Sonora debió resultarles incomprensible el conjunto de relaciones de la sociedad colonial. Tal vez, desde su punto de vista, ese conjunto de relaciones no sólo no se hallaba sujeto a determinadas reglas sino que adolecía de graves contradicciones. Y lo que seguramente lo hacía para ellos todavía más insoportable era que su desorganización y contradicciones, del mismo modo que las epidemias, terminaban afectando a los indios casi exclusivamente. Para empezar, se daban cuenta de que los principios que predicaban los misioneros y que ellos estaban obligados a cumplir no eran ni remotamente observados por los españoles. Esta incongruencia posiblemente no les hubiera parecido muy digna de tomarse en cuenta si no vieran que se producía aun en las mismas misiones y, sobre todo, en su propio perjuicio. En 1703 un indio del pueblo de Aconchi se dirigió a su misionero para hacerle la siguiente reclamación:

Nosotros es verdad que cuando gentiles teníamos más de una mujer, pero también es verdad que no conocíamos más que las legítimas, según nuestra gentilidad. Ahora que somos cristianos conocemos la que Dios nos da y no otra. Esos españoles son los que no se contentan hasta conocer a todas las del pueblo.<sup>52</sup>

No menos contradictorio debió parecer a los indios el comportamiento de los militares. En 1689 los indios de Cuquiáachi se quejaron de que los soldados estacionados en el pueblo de Santa Rosa, en lugar de cumplir con su comisión de defenderlos y defender la frontera de las incursiones apaches, vivían amancebados con las mujeres del pueblo, además de maltratar y despojar de sus caballos al común de los natura-

<sup>51</sup> José Luis Mirafuentes, "El 'enemigo de las casas de adobe'. Luis del Saric y la rebelión de los pimas altos en 1751", en Felipe Castro *et al*, *Organización y liderazgo en los movimientos populares novohispanos*, México, UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas (en prensa).

<sup>52</sup> "Representación del padre Luis Pindi a Matías Goñi sobre los graves daños que los indios padecen con los vecinos de su feligresía", Aconchi, 29 de octubre de 1709. AHH, *Temporalidades*, leg. 325-32.

les.<sup>53</sup> Una queja similar presentaron los indios de Onapa y Yécora por el año de 1700.<sup>54</sup> En 1749 un misionero tenía a los soldados como más dañinos que los apaches; decía que se dedicaban a saquear los pueblos de los indios para saciar el hambre que padecían en los presidios.<sup>55</sup>

Pero la desazón de los indios no resultaba tan sólo de esos abusos de los vecinos y militares sino de que aun los mismos misioneros incurrieran en ellos. En 1732 el misionero Luis María Marciani informó que una india abandonó el pueblo de Oposura dando de gritos de que había sido afrentada por el padre González de Anzo.<sup>56</sup> En 1749 el misionero Cristóbal de Lauria dio parte al provincial de México de que el padre Vallarta seguía en mal estado con la mujer de Jacinto Campa y con la de Mijares, además de hallarse públicamente amancebado con la Micaelita, "mujer provocativa y de malas costumbres". También informó que el padre Pimentel, a causa de la continua ingestión de mezcal, estaba perdidamente borracho desde las cinco de la tarde hasta la noche, y que se hallaba amancebado con la india Rosalía. Finalmente, aseguró que los indios de Arivechi y Bacanora se quejaron de que su trabajo era "para la vieja" Gertrudis, que dormía con sus criadas en la casa del padre Roldán.<sup>57</sup>

Estas contradicciones, sin embargo, tal vez no fueran tan insoporables para los indios como las que resultaban de la dinámica misma de su incorporación a la sociedad colonial. Esta dinámica en gran parte estaba determinada por el conflicto que oponía a los misioneros con los colonos civiles. Como es sabido, ese conflicto tenía su origen en los intentos de ambos grupos por controlar las comunidades indígenas y sus recursos. Los indios, por consiguiente, se hallaban en el centro de esa disputa, sujetos a las presiones de uno y otro bando. Atraídos finalmente por la libertad de movimiento, de creencias y de comportamiento, y por la posibilidad de hacerse de ciertos bienes y valores de origen español que en las misiones no podían obtener, los indios tendieron paulatinamente a incorporarse a los establecimientos mineros de los españoles, donde se les ofrecían todas esas prerrogativas.<sup>58</sup> Este proceso

<sup>53</sup> José Luis Mirafuentes, "Elite y defensa en Sonora, siglo XVIII", *Historias* (enero-marzo de 1986), p. 75.

<sup>54</sup> "Representación del padre Luis Pindi a Matías Goñi sobre los graves daños que los indios padecen con los vecinos de su feligresía", Aconchi, 29 de octubre de 1709. AHH, *Temporalidades*, leg. 325-32.

<sup>55</sup> Mirafuentes, "Elite y defensa en Sonora...", p. 75.

<sup>56</sup> Carta de Luis Marciani a José de Echevarría, Ures, 6 de mayo de 1732, AHH, *Temporalidades*, leg. 17-3.

<sup>57</sup> Carta de Cristóbal de Lauria a Andrés Javier García. Saguaripa, 18 de mayo de 1749. AGN, *Historia*, vol. 333, f. 103-104.

<sup>58</sup> José Luis Mirafuentes, "El poder misionero frente al desafío de la colonización civil", *Historias*, No. 25 (octubre 1990-Marzo 1991), p. 91-102.



posiblemente también les servía de contrapeso a las tensiones que vivían en sus pueblos, sin embargo, a la larga todo implicó para ellos una doble situación bastante dolorosa. En primer lugar, verse atrapados en un nuevo sistema de relaciones, con sus valores y costumbres correspondientes, y perder posibilidades para reintegrarse social y culturalmente a sus comunidades de origen. En segundo lugar, y tal vez con mayor frecuencia, que sus expectativas de beneficiarse del mundo español fuesen más allá de lo que su condición de indios, sus ingresos y el débil desarrollo económico regional les permitía alcanzar. Veamos esta situación con un poco más de detalle.

Durante la primera mitad del siglo XVIII, los misioneros afirmaban que eran cada vez más los indios que acudían a contratarse a las minas, atraídos por la alternativa de vida que allí les ofrecían los españoles. Paralelamente, sin embargo, durante el mismo período la minería regional entró en varios y sucesivos momentos difíciles —si no es que de crisis— provocados, entre otras cosas, por la débil población española, por la carestía de los recursos y por las invasiones de las tribus apaches. La consecuencia de ello fue el cierre periódico de numerosas minas y el consiguiente despido masivo de las cuadrillas.<sup>59</sup>

Los indios, de sobra está decirlo, no permanecieron indiferentes a estos problemas, que debieron resultarles tanto más preocupantes cuanto que reducían peligrosamente sus alternativas para aliviar los males que padecían. Así, al tiempo que mostraban un interés cada vez mayor por el mundo español, iban acrecentando los odios y resentimientos que abrigaban contra los colonos españoles. Deseaban fervientemente la eliminación de las relaciones de opresión que los ataban a los colonos, pero anhelaban también la preservación de los bienes y valores culturales de éstos, que de hecho tendían a apropiarse no solamente por mera curiosidad o por los beneficios materiales inmediatos que les reportaban sino como un medio para superar su situación de inferioridad social. Esta tendencia se manifestó en la mudanza masiva de los indios a los centros de poblamiento español, pero también en el manejo que hicieron los mismos de sus relatos míticos, manejo por el que procuraban adecuar estos relatos a las exigencias de la situación en que vivían, o, para ser más precisos, a sus intereses particulares. La situación del Siba por Moctezuma fue tal vez la primera de sus acciones en ese sentido. Esta sustitución, ahora podemos decirlo, en modo alguno la em-

<sup>59</sup> Véase, “Representación de Gregorio Álvarez Tuñón y Quiroz al virrey marqués de Casa Fuerte, 1722”, AGN, *Presidios y Cárceles*, vol. 12, f. 175; parecer de Gabriel de Prudhom a Manuel Bernal de Huidobro, San Antonio de Motepori, 30 de julio de 1735. AGI, *Guadalajara* 135, exp. 3, f. 147; autos de Juan Antonio Fernández de la Cabada, San Antonio de Motepori, 1723. Archivo Histórico de Hidalgo del Parral, Parral, Chihuahua (AHHP), 1723/G-12.

prenderían por simple imitación de los misioneros, sino con el propósito de apropiarse del prestigio que éstos atribuían a Moctezuma. Eliminarían así una parte de sus mitos que, en el marco de la dominación colonial, describía su situación de inferioridad social, sustituyéndola por un elemento de origen español que justificaba sus pretensiones de equipararse a los españoles. Conforme su situación se fue agravando, hasta volverse particularmente insoportable, los indios procederían a efectuar nuevos ajustes en sus mitos. Les añadirían las ideas de Basilio tal vez con el fin de demostrar la necesidad de la pronta abolición del dominio español. Si, como puede inferirse de las prédicas del Arisibí, los pimas creían en la destrucción y regeneración periódicas del mundo ligadas al retorno de un antepasado mítico, que según hemos visto identificaban como Moctezuma, y si creían también, como dice Segesser, que ese antepasado había sido muerto en México por los españoles, es posible suponer que al entrar en contacto con las ideas de Basilio que les anunciaban la proximidad de la expulsión del monarca español por un ser dotado de poderes sobrenaturales, de nombre Moctezuma, asociaran la llegada de ese personaje con el retorno de su antepasado mítico, advirtiendo en esa asociación tanto la inminencia del fin de su situación presente como la legitimidad de sus pretensiones de libertad.

Fue seguramente por esta razón por la que los pimas iniciaron su movimiento de espera del retorno de Moctezuma antes de que el profeta hiciera su aparición en la zona, y desde luego también por la que acudieron a los llamados de éste, quien a su vez supo mantener el interés de los mismos en el movimiento vinculando los usos y ceremonias del culto cristiano a las prédicas que les hacía. Dado el prestigio que los indios de Sonora atribuían a los valores de origen español, ese vínculo establecido por el profeta pudo implicar dos cosas para los pimas. En primer lugar, la posibilidad de aumentar el poder de sus prácticas rituales tradicionales, que debían resultarles poco eficaces frente a la fuerza de los nuevos problemas inherentes al dominio español, como el azote crónico de las epidemias. Tal vez un ejemplo de una situación generadora de esa consideración pueda encontrarse en la impotencia mostrada por los indios de Sinaloa frente al brote de sarampión que diezmo a su población en 1693. Como señalamos anteriormente, abandonaron en masa los pueblos y reales de minas achacando la crueldad de la enfermedad al enojo del dios de los españoles. Y en segundo lugar, dicho vínculo pudo implicar para los pimas la convalidación de los vaticinios del profeta, como aquel de que los indios serían convertidos en españoles y los españoles en indios para que los indios fuesen los amos y los españoles sus sirvientes. Este vaticinio debió parecerles tanto

más atractivo y justificado por cuanto que preservaba, para beneficio de los indios, la jerarquía social del orden sociopolítico colonial, jerarquía que recibía su legitimación de la práctica del culto cristiano.

Y sería por todo ello, en suma, que la creencia de los indios de Sonora en Moctezuma sobrevivió al Ariscibi y a su movimiento. Todavía en 1778 un misionero franciscano observó esa creencia entre los jovas del muy apartado pueblo serrano de Teópari, en el sureste de Sonora. De estos indios dice lo siguiente:

Tenían la creencia que todo lo favorable que les acaecía en sus sembrados y guerras les venía por disposición de su monarca Moctezuma, quien creían, y aún creen (aunque no todos, pues muchos dan muestras de verdaderos cristianos) que en figura de hombre pequeño, que aún así le nombran, *haibuchu vri*, en su idioma, que es en castellano el hombre chiquito, está debajo del norte, y que de allá les comunica los temporales y variedad de tiempos; y quien sabe si lo aguardarán para que los juzgue el día del juicio.<sup>60</sup>

#### *Obras complementarias*

Cohn, Norman, *En pos del milenio. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la edad media*, Barcelona, Barral Editores, 1972 (Breve Biblioteca de Reforma).

Lanternari, Vittorio, *Movimientos religiosos de libertad y salvación de los pueblos oprimidos*, Barcelona, Seix Barral, 1965.

Muhlman, Wilhem E., *Messianismes révolutionnaires du tiers monde*, París, Gallimard, 1968.

Pereira de Queiros, María Isaura, *Historia y etnología de los movimientos mesiánicos*, México, Siglo XXI Editores, 1969.

Puech, Henri-Charles, *Movimientos religiosos derivados de la aculturación*, México, Siglo XXI Editores, 1982 (Historia de las Religiones, Siglo XXI, volumen 12).

Worsley, Peter, *Al son de la trompeta final. Un estudio de los cultos cargo en Melanesia*, España, Siglo XXI Editores, 1980.

<sup>60</sup> "Relación de este pueblo y misión de San Miguel de Saguaripa y sus anexos, pedida por Su Majestad, que Dios guarde, como expresa orden de 20 de octubre del año de 1776, según se advierte en el superior despacho, arreglada a la instrucción expedida por el Exmo. Sr. Virrey de este reino de Nueva España", San Miguel de Saguaripa, 7 de marzo de 1778. Biblioteca Pública del Estado de Jalisco. Fondo Franciscano. Guadalajara, Jalisco. (BPEJ. FF).